

Ni mucha vergüenza, ni poca

Juan Jesús Luna Jurado
4º Accesit categoría senior

Superado por los acontecimientos, se arrodilla ante el tetrabrik de vino de Montilla-Moriles y lo agujerea con un golpe limpio y preciso, sin saña. Toma conciencia de que así puede matar a una persona. O a un estudiante, que a estas alturas viene a ser lo mismo. Un calambre de remordimiento le hace abrir las manos y el destornillador cae al suelo.

Los extraños pensamientos se diluyen con el vino, sangre líquida, que sale disparado a presión, dibujando en el aire un chorrito parabólico.

A la retina de Martínez "padre" regresa la imagen de su hijo, junto al Manneken Pis, imitando la postura de la estatua de metal, en Bruselas, cuando lo de la Beca Erasmus.

En su momento, la fotografía le hizo reír.

Maldita la gracia.

El chaval fue premiado con una beca de formación en el extranjero.

Escamado por el hecho de que le concedieran tal deferencia a un estudiante de bajo rendimiento, se dejó llevar por la buena fe y abrigó la esperanza de que el crápula del chico hubiera redimido los desmanes y equivocaciones de su ya dilatada juventud.

Lo despidieron en el aeropuerto. Lágrimas y pañuelo la madre. Consejos y billetera el padre, a quien resultaba extraño que ni la Universidad ni el Estado hubieran soltado aún ni un triste céntimo de euro, tratándose de una beca de jugosa cuantía.

El estudiante voló camino de Bruselas con el bolsillo calentito, en un avión repleto de amigotes

universitarios, alegría desmedida, sonrisas y un extenso muestrario de guitarras, bandurrias y panderos.

Martínez "padre" presentía que para él y su señora solamente quedaba el programa de vacaciones desdentadas del Insero. Un saldo de migajas para contentar a pájaros viejos, que agradecían a la vida el simple hecho de mantenerse en pie y no mearse en los pantalones, observando cómo los polluelos, joviales y ruidosos, conseguían los mejores pedazos de pan. Aun así, debía apoyar a su hijo, que seguía esperando el porvenir, sentadito en la escalera: Seis carreras comenzó la criatura y en ninguna acabó de cimentar su futuro.

Martínez "hijo" siempre tuvo las ideas muy claras: las Letras resultaban cargantes y empalagosas; los Números, obtusos e imprevisibles; la Medicina, inalcanzable; la Enseñanza, desesperante; los Idiomas, jeroglíficos indescifrables. Picoteó en todo, hasta ingresar en Derecho, que le parecía frío y enrevesado pero ofrecía la oportunidad de formar parte de una Tuna mítica por sus desvaríos y desenfrenos.

El vino escapa del odre plateado, embriagando la estancia con el dulce aroma de la uva fermentada. De rodillas, los brazos en cruz y la boca abierta, Martínez "padre" calma su sed de oro líquido. Se le ocurre recoger algo del regalo que le brindan los dioses paganos, a quienes sólo los filósofos borrachos adoran.

Desecha la idea sin necesidad de confirmar que no queda recipiente alguno en la casa. La reserva doméstica de tarros de cristal y fiambresas de plástico forma parte del ajuar mohoso de algún piso de estudiantes desde que, religiosamente, todos los viernes de todas las semanas de todos los

meses de demasiados años, el hijo díscolo aparece con una enorme bolsa de ropa sucia para luego desaparecer con urgencia, arramplando con los guisos que sus padres cocinan a diario con esmero.

Se acabó almorzar en los bares de comida popular. Adiós a los comedores universitarios. Adiós al yo me lo guiso, yo me lo como. Si quieres divertirme, trabaja. Yo te pago los estudios. Tú te sufragas los vicios.

La economía familiar quedó seriamente resentida después del fiasco de la Beca Erasmus. Una artimaña del joven, que aprovechando la candidez y prestancia de sus hastiados padres, disfrutó de varios meses de buena vida en Bruselas a costa del erario familiar. La gota que colmó el vaso.

Si no teníamos bastante con la retahíla de cursos infructuosos y el catálogo de años sin dar un palo al agua, el niño se marcha de vacaciones internacionales.

La pretendida autofinanciación de la Tuna, a costa de imaginarias actuaciones en las cuales los bruselenses aflojarían los cuartos resultó un total y absoluto fracaso. Agua de borrajas. Los fríos y estirados ciudadanos nórdicos no supieron apreciar la vena artística de los jóvenes alborotando las calles a golpe de panderetas y clavelitos españoles.

Los tunos sólo levantaron la expectación de la Policía, que alucinada con los atavíos de tan folklórico despropósito musical, al menor intento de serenata los condujo educadamente a comisaría.

Las Universidades de Bruselas, como no podía ser de otra forma, hicieron oídos sordos a las explicaciones reclamadas por el Comisario acerca de los estudiantes españoles. *Rien de rien. Nul, doei.*

El alarmante acopio de denuncias, multas, débitos y facturas de hotel impagadas provocó que el Consulado tomara cartas en el asunto y aduciendo el carácter universitario de los implicados, mediara ante las autoridades para evitar su procesamiento.

Los teléfonos comenzaron a sonar.

-¿Cómo nos has podido engañar tan vilmente, hijo?

-No te preocupes, papá, no hay proceso abierto y no prosperará la acusación.

-¿De qué me hablas? ¿Qué pasa con la Beca?

-Gracias a una comisión rogatoria auspiciada por la Universidad, en el habeas corpus nos han levantado las medidas cautelares. En lo concerniente a la Beca, parece ser que no soy beneficiario y por lo tanto no procede revocación al no haber existido ni tan siquiera adjudicación debido a un nivel académico inadecuado.

No te recochinees y háblame claro.

Papá, recuerda que soy estudiante de Derecho.

-¡Lo que vienes es derecho para España! -gritó Martínez "padre", notando un regusto amargo, una chispa de orgullo, al comprobar que al fin y al cabo, el hijo que acababa de comerse los ahorros de una vida, parecía sacar algo en claro de los estudios y empezaba a comportarse como un picapleitos.

De rodillas, traga vino, pujante la barriga. Traga vino y le llega hasta los pulmones. Traga vino y casi se ahoga. Derrama el brebaje divino por las comisuras de la boca. Celebra la nueva. Canta y escupe. Ha llovido mucho desde que el niño comenzara las andanzas universitarias. Los malos ratos cicatrizan. Bebe excitado y nota un amago de erección al mirar de reojo, colgado de la pared, el

ansiado Título Universitario de su único hijo.
Goza.

Quince años de carrera. Sinsabores. La cuenta bancaria esquilhada. Canas en la cartera. El estudiante más viejo de la facultad. Más que el profesor de Penal, antiguo compañero de los primeros años.

El Título señorea en la sala de estar, sobre el tresillo. Por la ventana entran los acordes metálicos de una canción de Lou Reed. El cantante dice que "Es tiempo para empezar..." Martínez "padre" no tiene idea de inglés. Ni zorra de quien es Lou Reed. Pero sabe que ha cumplido su tarea. Es tiempo para descansar, viajar, estudiar... Dedicará la jubilación a cultivarse. Cursos de idiomas. Informática. Una plaza en la Cátedra Intergeneracional. Su turno.

Bebe vino, se le hincha el buche. Traga y celebra.

-¿Serás capaz de ahogarte? Alguien murió por no saber parar un botijo y tú vas por el mismo camino.

Orejas rojas, nariz de payaso, detiene la comunión mística y busca con la mirada a su esposa.

-Estoy feliz. Me siento liberado. Tiene una carrera. Hemos labrado un futuro para nuestro hijo. Una pesadilla universitaria de quince años que al final termina. Pronto cumplirá los cuarenta, ¿verdad?

-Se ve que no te has enterado. Deberías hablar más con él.

Martínez encoje los hombros, extrañado.

-Ahora se va a preparar un Master y luego el Doctorado. Yo que tú dejaba un poco de vino para otra ocasión. ¿Para dentro de ocho años, tal vez?

Derrotado, aún de rodillas, Martínez "padre" baja los brazos y agacha la cabeza. Suspira. El último chorro del tetrabrik le moja los blancos y escasos cabellos. Nota que su estómago reniega del vino amargo. Quiere gritar y desahogarse pero el vómito se mezcla con las maldiciones.

No muy lejos de allí, en un destartado piso de estudiantes, Martínez "hijo" retira los apuntes y afina la bandurria.